

TERCER PASEO

DENTRO DE LOS MUROS DE JERUSALEM.

Sábado 10 de Marzo.

Precauciones.—Ruinas del templo de Salomon.—Mezquita de Omar.—Mezquita El-Aksa.—Calle de la Amargura.—Lugar en que se halla sepultada la calavera de Adan.

I.

De grande importancia en la historia y en la religion, y de no pequeño interés para mí fueron los objetos que visité en la segunda salida que hice de casa el dia 10 de Marzo; de no poco interés, ya por el inmenso que en sí encierran, como por la imposibilidad que en otro tiempo ha existido y por la dificultad que aún existe hoy de entrar en algunos de ellos, dificultad que á mí me costó algun tiempo vencer. Pocos son los peregrinos que van á Jerusalem á quienes se enseña la roca del Calvario en su estado natural, la gran requebraza que en la roca se abrió cuando Jesus exhaló el postrimer suspiro, requebraza en la que, segun la tradicion afirma, se encuentra sepultada la calavera

del primer hombre, y ménos aún son los que penetran en el recinto que circunvala las ruinas del templo de Salomon, sobre cuyas ruinas se alzan erguidas la mezquita El-Aksa y la gran mezquita de Omar, el edificio más suntuoso del mundo, el más bello, el más armónico, el más encantador. Antes del año de 1857 estaba terminantemente prohibido entrar en las ruinas del templo de Salomon; prohibido con tal rigor, que al no musulman que ponía el pié en el quicial de la puerta, sin otro aviso le cortaban la cabeza; así es, que ninguno de los hombres ilustres que ántes de esa época han visitado los Santos Lugares, ninguno ha pisado las ruinas del gran templo que el hijo de David erigió á Jehová, ni la mezquita El-Aksa, ni la portentosa mezquita de Omar, y esto mismo sucede hoy con la mezquita de Hebron, donde reposan los cuerpos de Abraham, Isaac y Jacob: en cuanto á las ruinas del templo de Salomon y mezquitas El-Aksa y la de Omar, ha aflojado la rigidez de la prohibicion desde la guerra de Crimea. Como en esta guerra prestó la Francia tan importantes servicios á la Turquía, al terminar aquella dió orden el sultan de que, en prueba de reconocimiento, se permitiera la entrada en aquel hasta entónces inviolable lugar á la oficialidad del ejército francés. Roto con tal medida el sagrado precepto, no es ya imposible penetrar en el recinto del templo, pero no es fácil, ni mucho ménos asequible á toda clase de personas. Para visitarlo yo

fué preciso que el vicecónsul español en su nombre y en nombre del cónsul austriaco, pidiera un FIRMAN, *real orden*, al Pachá, además tuve que ir á visitar aquellas ruinas acompañado de Fray Manuel Yuvero, de mi dragoman Rafael, y además de un cabbas del cónsul español, de otro cabbas del consulado austriaco, que el mismo vicecónsul español me envió para mi seguridad, y de dos soldados del ejército turco, que el Pachá despachó para garantía de mi persona, y para obligar á cumplir sus órdenes insertas en el FIRMAN. Esto deja comprender que áun hoy, en que se halla alzada la absoluta prohibición de penetrar en las ruinas del templo, no es cosa fácil hacerlo, ni mucho ménos del agrado de los fanáticos musulmanes permitirlo. Cuando se supo que yo habia vencido las dificultades para entrar en aquellos reservados sitios, muchos frailes peregrinos y algunos peregrinos seculares me pidieron permiso para ir en mi compañía. Por otra parte, los musulmanes, que siempre se descalzan para entrar en sus mezquitas, no pueden permitir que los cristianos entren calzados; mas como tampoco quieren que sus templos se profanen con el contacto de los piés descalzos de los cristianos, en unas partes prohíben terminantemente la entrada en ellos, y en las que la permiten es colocando un cuerpo intermedio á su gusto entre el pié del cristiano y el pavimento de la mezquita. En Alejandría, por ejemplo, en que con dos ingleses visité algunos lugares, fui á echar

el pié para penetrar en la iglesia que fundó San Atanasio, hoy convertida en mezquita, y dando alaridos me lo cogió un árabe con tal violencia, que creí, y no exágero, que me dislocaba la rodilla. En aquella mezquita no se permite entrar de ningun modo: para visitar la gran mezquita de Mehemeth-Alí en el Cairo, colocan los mismos árabes en los piés de los critianos unas bolsas de paño, que ellos atan á nuestras pantorrillas con fuerza: para visitar la gran mezquita de Omar, además de hacer una buena gratificación, yo dí 300 reales, es forzoso llevar unas zapatillas sin estrenar, *pantufas*, que se ponen en el patio de la mezquita.

Subsanadas, pues, todas las dificultades, y cumplidas todas las condiciones prescritas, nos dirigimos al templo Fray Manuel Yuvero, Rafael y yo, acompañados por un cabbas del cónsul español, por otro del cónsul austriaco, conde de Caboga, y por los dos soldados del ejército turco: además se agregaron á nosotros los dos frailes que con mi amigo viajaron desde Nápoles, el jóven sueco y otros que yo no conocia.

El método que llevo en este libro, como creo haber expuesto en otro lugar, es consignar en la primera parte las impresiones que me produjeron los Santos Lugares conforme los iba visitando, y reservar para la segunda la descripción detallada de esos mismos Lugares; esto he hecho con el gran templo del Santísimo Sepulcro. Sin embargo, con

las ruinas del templo de Salomon y con la mezquita de Omar, me veo precisado á alterar este método, pues seria imposible comprender ni explicar mi visita sin describir ántes el lugar visitado y áun hacer historia de él.

II.

Entre el torrente Cedron y el monte «acra,» en el que se levanta Jerusalem, se alzaba unido á él otro monte bajo llamado el «monte Moria,» monte singular, que parece destinado por Dios á ser teatro de grandes sucesos, y al que, segun un célebre escritor, puede muy bien llamarse «el monte eterno.» Sobre este monte habia una roca baja, y no léjos de esta roca se extendia «La Era de Ornan el Jebuseo.» En la roca baja es donde Abraham, 1880 años ántes de Jesucristo, trató de sacrificar á su hijo Isaac, obedeciendo los mandatos de Dios; y en la Era de Ornan es donde encendió la hoguera que consumió la víctima que los ángeles le presentaron en vez de su hijo. Cuando David, despues de hacer oracion por sus prevaricaciones, mereció el perdon de Dios, recibió del profeta Gad la órden terminante de ofrecer sacrificios á Dios en la Era de Ornan el Jebuseo. David entónces pensó además levantar un templo sobre el monte Moria; pero el mismo profeta le anunció que Dios habia reservado la construccion de aquel

templo para su hijo Salomon, y David se contentó con allegar materiales para dicho templo, que habia de encerrar el Arca Santa, que habia de guardar el fuego sagrado, y que habia de ser el asombro del mundo. Ocupó Salomon el trono de Israel; construyó el templo trayendo de todas partes los objetos más preciosos que produce la tierra; el Líbano le dió sus cedros, Ophir su oro, la reina Saba sus grandezas y el Dios de las alturas recibió grato desde el cielo el humo de los incien-
sos que entre púrpuras y mármoles, y candelabros, y ángeles, y metales preciosos, y marfil, se quemaban en el Sancta Sanctorum.

Pues bien; el Sancta Sanctorum no era otra cosa que aquella roca baja que coronaba el monte Moria, que aquella roca próxima á la Era de Ornan el Jebuseo. Este templo, asombro del universo, gloria de Salomon, sagrario que durante 406 años conservó el Arca Santa y las tablas de la Ley, publicada entre rayos y truenos en la cumbre de Sinai, comenzó á edificarse en el año 1012 ántes de Jesucristo, cuarto año del reinado de Salomon; duró su construccion 7 años y fué destruido por Nabucodonosor. Despues de la cautividad de Babilonia, animados los judíos por la libertad que les concedió Ciro, el gran sacerdote Zorobabel edificó sobre las ruinas del antiguo templo, un templo nuevo todavía más rico, más esplendente aún que el templo de Salomon. En la construccion de este segundo templo, ¡bien sabido es! tra-

bajaban las doncellas de Jerusalem con sus vestidos de fiesta; y si en este templo no estuvo el arca santa, el Arca Santa que Jeremías ocultó en el monte Nevo cuando dejó su país para marchar á la cautividad; el arca santa que á su regreso nadie pudo encontrar; en cambio estuvieron en él Cristo y su purísima Madre. En este templo fué encontrado Jesus á la edad de doce años cuestionando con los doctores de la ley; en este templo despachó Jesus los mercaderes á latigazos; en este templo protegió Jesus á una mujer adúltera y le perdonó sus pecados; en este templo elogió Jesus la humilde moneda ofrecida por una pobre viuda: en este templo explicó Jesus la doctrina de salud y de vida á todos los que querian escucharle; en este templo intentaron los judíos apedrear á Jesus por blasfemo; en este templo, en fin, predijo Jesus la destruccion del templo mismo. ¡Y el templo fué destruido y Jerusalem arrasada! La botija de Jeremías se rompió; y las palabras de los profetas, que son palabras emanadas del cielo, nunca dejaron de cumplirse, ni dejarán de cumplirse nunca en el tiempo ni en la eternidad. Tito destruyó á Jerusalem, Tito convirtió en escombros el templo; mas la Providencia quiso que en el templo quedaran los cimientos para que el hombre de todas las edades y todos los países comprenda la magnificencia de aquella época, admire la grandeza con que el pueblo de Israel quemaba inciensos á Jehová; quemaba aquellos inciensos que, segun

palabras de la Biblia, «subian en olor de suavidad al trono del Altísimo.»

El monte Moria, la roca donde Abraham iba á sacrificar á su hijo; la Era de Ornan el Gebuseo, donde David levantó altares al verdadero Dios; los cimientos del gran templo de Salomon y de Zorobabel; la gran mezquita que Omar construyó sobre la roca, es decir, sobre el Sancta Sanctorum del templo; eso es lo que conmovido yo visité en la mañana del sábado 10 de Marzo del año 1877; eso es lo que ahora vamos á visitar juntos, querido lector mio.

La gran explanada sobre que se alzó el templo de Salomon, y que no es más que el monte Moria, rebajado de orden de aquel rey, á excepcion de la roca y de la Era de Ornan el Jebuseo, forma hoy un trapecio que tiene de largo seiscientos setenta pasos mios, y de ancho cuatrocientos sesenta. Los cimientos que se conservan de un muro, obra de gigantes, rodea y sostiene esta plataforma, en cuyos cimientos he visto piedras de tres metros de largo por dos de grueso; y piedras de cinco metros de largo por uno de grueso. Casi en medio de la plataforma, abrazando en su recinto el Sancta Sanctorum, se levanta LA MEZQUITA DE OMAR, llamada por los árabes EL-HARAM, rodeada de un peristilo, con su gigantesca cúpula forrada de plomo, y con su elevadísima aguja terminada en una media luna, que gallarda se dibuja en el azul del cielo. Frente á la ochavada mezquita de Omar,

está la mezquita EL-AKSA; diseminados por acá y por allá se ven pequeños edificios, todos ochavados, de bella construcción todos: algunos olivos jóvenes nacen entre aquellos bonitos edificios, que son lugares de oración para los musulmanes, y en el lado más occidental de la plataforma se extiende una calle de seculares cipreses; paseo reservado á los ancianos musulmanes de alta jerarquía. Esta pintoresca, esta grande, esta majestuosa plataforma tiene entrada por diez puertas, si bien á los peregrinos solo se les permite por una, por la llamada Bab-el-kattanine. Por ella penetramos nosotros, dominados por un profundo sentimiento. Dos fornidos árales se cuadraron en la puerta y no nos permitieron avanzar un paso, hasta que los dos soldados turcos entregaron el firman del Pachá. Eptónces yo que guiaba mi pequeña caravana, dejando para despues el estudio de la plataforma, me dirigí á la mezquita de Omar. Todos me siguieron, y así que llegamos al peristilo que la rodea, salieron á recibirnos dos árabes, delante de los cuales nos quitamos el calzado, nos pusimos las zapatillas sin estrenar y entramos en la gran mezquita. Un asombro inexplicable embargó nuestro espíritu; los mágicos edificios de las Mil y una noches no son tan fantásticos como aquella mezquita: ni corredores tan solemnes, ni columnas tan erguidas, ni una distribución tan acertada de colores, ni una combinación tan misteriosa de luces ha descrito nunca la poesía árabe, ni ha realizado

jamás el arte cristiano. La mezquita de Omar, aquella mezquita plantada sobre el Sancta Sanctorum del templo de Salomon, es sin duda alguna el primer edificio del Oriente y del Occidente; siempre, siempre lo que se ha sentado sobre el monte Moria, siempre ha sido lo más grande del mundo.

Pero antes de continuar nuestra visita, digamos que esta célebre mezquita aunque se llama *de Omar*, no es la misma que fundó aquel califa, segundo despues de Mahoma; la que construyó Omar, aunque magnífica, no era tanto como la actual, debida á Ibn-Merovan; pero como el sitio es el mismo que aquella ocupó, y como parte de la obra pertenece aún á aquella, se le conserva el nombre de su primer fundador el gran Omar. Esta mezquita tiene cuatro puertas correspondientes y sus nombres son: Al Este, la puerta de David, BAB EL-DAUD; Al Sur, la puerta de la Súplica, BAB EL-KIBLEH; Al Oeste la puerta del que se encuentra; BAB EL-GHARB; Al Norte la puerta del Paraíso, BAB EL-DJENNEH. Nosotros entramos, como todos los peregrinos, por la puerta oriental, ó sea por la *Puerta de David*, BAB EL-DAUD.

¿Qué impresión produce á los viajeros la mezquita de Omar? Pregunta en su guía el padre Livinio. «Una impresión de admiración y de asombro» responde el mismo. Es verdad; la misma impresión me produjo á mí. ¡Aquellas dimensiones colosales, aquella grandeza en la concepción del

plan, aquella riqueza en la ornamentacion, aquella armónica distribucion en todas sus partes, aquellas columnas de diáfano mármol, aquellos mosaicos, aquellos adornos de oro, y sobre todo, aquella ténue, dulce, suave luz, que penetrando por las altas ventanas, cubiertas de vidrios de colores, imprime en aquel edificio, antes templo de Jehovah, un aspecto misterioso y sublime..... sobrecogieron mi ánimo despertando en él á la vez multitud de reflexiones sobre un tiempo lleno de misterios, que pasó! Tres ó cuatro árabes con velas encendidas en la mano comenzaron á enseñarnos dicho templo; el jefe de ellos, más alto, más grueso, mejor formado y mas elegante que los otros, así que vió que yo saqué del bolsillo una cartera y comence á tomar apuntes, dejó á los demás viajeros y se vino conmigo, abandonando su aspecto severo. Cuando elogiaba algo, se sonreía con claras muestras de placer, y luego me preguntó:—¿Se parece á la mezquita de Córdoba? Yo le contesté que nada; que á lo que se parecia algo era al salon de embajadores de la Alhambra. Y al decirle esto, ví pintarse en sus facciones una ráfaga de satisfaccion. ¡Cómo aman los árabes y los judíos á España! Cuando escriba mi viaje á Oriente, me extenderé sobre este particular, acerca de lo cual puedo dar noticias de interés.

La mezquita de Omar, que contiene en su centro el Sancta Sanctorum de los templos de Salomon y de Zorobabel, es un octágono que cuenta

cincuenta y cinco metros de diámetro, y se halla dividido en tres naves concéntricas; la de mayor diámetro está formada por el muro del edificio, y por otro octágono de menor diámetro, que constituyen ocho pilastras de mármol correspondientes á los ocho ángulos del polígono, y diez y seis magníficas columnas, tambien de mármol, intercaladas en los espacios que quedan entre pilastra y pilastra. La segunda nave la forman este octágono de pilastras y columnas y otro octágono de menor diámetro, concéntrico con él, compuesto de cuatro pilastras y doce columnas; la tercera nave, más erguida, más majestuosa, es el centro, el corazón de aquel suntuoso edificio, cubierto por un elevadísimo cimborrio. Cincuenta y seis ventanas rectangulares, de las cuales diez y seis, esto es, dos en cada lienzo, están cerradas, modificando la luz con sus vidrios de bellos colores, iluminan aquel santuario de Mahoma con plácidos fulgores de seductor efecto. Todo es allí grande; todo revela allí la esplendidez y el sentimiento religioso de la época que lo fundó! El pavimento se ostenta en parte cubierto de mármol blanco y en parte de finísimos azulejos de porcelana esmaltada; las columnas, todas monolitas, todas son de trasparente mármol, y aquellos atrevidos muros, y aquel elevadísimo cimborrio, obra maestra del arte, gloria del Oriente, todo se encuentra cubierto de mosaicos; sobre los mosaicos de los muros despuntan, rivalizando con ellos en lujo, graciosos ramos